

AÑO NUEVO

CADA nuevo año es para una publicación católica un paso adelante: los años en vez de robarles fuerzas ó entusiasmos, las enriquecen con el mérito de las campañas emprendidas, de las nobles iniciativas que secundaran, de las empresas santas á cuya realización cooperaran.

Por eso la edición española de LAS MISIONES CATÓLICAS, órgano oficial en nuestra patria de la grande y santa *Obra de la Propagación de la Fe*, tantas veces bendecida y encomiada por los Sumos Pontífices, entra con nuevos anhelos y propósitos nuevos en el año dieciséis de su existencia.

Dieciséis años, y durante ellos limosnas ya cuantiosas recaudadas, gracias á la caridad de los amigos de las Misiones, y enviadas á los misioneros que las reciben dando gracias á Dios y bendiciendo á sus bienhechores, pues á ellas deben el poder construir una capilla, acabar un altar, admitir más enfermos en el hospital, nuevos niños sin padres en el orfanotrofio, nuevos leprosos en la leprosería...

¡Cuánto bien hace una limosna! ¡Cuán hermosa es la *Obra de la Propagación de la Fe*!

Darla á conocer, hacerla más popular cada día para que la admiren todos, y admirándola practiquen el santo precepto de la divina ley: AMAOS LOS UNOS Á LOS OTROS; esta es la misión de LAS MISIONES CATÓLICAS: que cuantos vivimos en tierra donde el Dios verdadero tiene templos y altares, nos acordemos de que son hermanos nuestros aquellos infelices que en el corazón de una selva ó en populosa ciudad, viven sin conocer á Dios, sin amarle, embrutecidos por repugnante idolatría ó por fatal ignorancia.

Son hermanos nuestros, sus almas son redimidas por la sangre redentora del Divino Salvador; cooperemos, pues, con nuestras oraciones, con nuestro decidido apoyo á la *Obra de la Propagación de la Fe*, que es la obra de la salvación de las almas.

Cuán excelente y civilizadora, cuán grande y hermosa Obra sea la de la *Propagación de la Fe*, lo explica magistralmente el reverendo P. J. R. Carrión, S. J., en los siguientes artículos que hoy empezamos á publicar:

LA OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE

I

ACASO no hay entre todas las obras que ha establecido en el último siglo la Iglesia de Jesucristo, ninguna ni tan magnífica ni tan fecunda, no sólo para la gloria de Dios y el bien de las almas, sino aun para

la civilización y los pueblos, como la llamada «Obra de la Propagación de la Fe.»

Nacida allá en la católica Lyon, como el árbol gigante de un granito de semilla, de la inspirada piedad de

dos pobrecitas criadas, entre las manos de la Iglesia ha tomado, en obra de pocos años, dimensiones colosales; y sin más norte ni fin que la propagación de la fe de Jesucristo entre todos los infieles, ni más recursos que las plegarias de los buenos y, en su mayor parte, los centavos de los pobres: no hay al presente pueblo alguno gentil que no vea alzarse sobre su suelo alguna de sus tiendas, ni mar tan lejano y borrascoso que no haya visto flotando al viento su pacífica bandera: ¡la cruz de Jesucristo!

Poniendo al alcance de todos los católicos del mundo la divina facultad de ejercer desde el hogar el más grande de todos los apostolados; trocando con sus Misiones y misioneros, más que en pan para los cuerpos en cielo para las almas, los centavos de la caridad; extendiendo, sin distinción de pueblos ni razas, los amorosos brazos á todos los que tienen la inmensa desventura de estar fuera del regazo maternal de la Iglesia. «La Obra de la Propagación de la Fe», en lo que mira á los infieles y al presente, es—osamos afirmarlo—la síntesis más gloriosa y bienhechora de la Iglesia de Jesucristo sobre la tierra.

Por eso ahora, cuando á poder de la salvaje tiranía que en nombre de la libertad pretende «descristianizar» á Francia, la hidalga entre las naciones para con las obras de Jesucristo, y á un tiempo la madre y la espléndida sustentadora de ésta, comienzan á escaseársele en gran manera los manantiales de que se alimentaba; ahora, cuando la Iglesia angustiada tiende la mano á todos sus hijos derramados por el mundo para sustentarla y darle nuevo aliento, nos ha parecido que nada podíamos escribir, ni más glorioso para Jesucristo ni por ventura para nuestros lectores más útil, que, en la medida de nuestras fuerzas y siquiera sea de revuelto, señalar algunas á lo menos de las razones por las que no parece exagerado llamar á «La Obra de la Propagación de la Fe» la obra más eminentemente católica del mundo en nuestros tiempos. Con ello, á lo que se nos alcanza, lograremos á la vez mostrar, como con la mano, al apostolado seglar vasto y fácil campo en que ostentar ante el mundo y el cielo su amor á Jesucristo y á las almas.

Mas como la grandeza del asunto no se compadece con el espacio de que ahora podemos disponer, dejaremos, Dios mediante, para venidero artículo, el hablar de los ya maravillosos resultados producidos por «La Obra de la Propagación de la Fe», ciñéndonos en el presente á decir algo del fin, urgencia y facilidad de ella.

II

Si el fin, como lo demuestran los filósofos allá en sus libros y aun lo patentiza la sana razón, es lo que determina y caracteriza y ennoblece á una obra cualquiera, queda fuera de toda duda razonable, para quienquiera que estime su fe en Jesucristo como el mayor bien de su vida y el mayor beneficio de su Dios, que «La Obra de la Propagación de la Fe», que no tiene otro que sembrarla—pase la expresión—en las almas huérfanas de Jesucristo, es, por el mismo caso, la obra más propiamente católica de nuestra edad, como que no es sino la misma obra del Divino Maestro prolongada hasta nosotros.

¿Queréis verlo comprobado?—Un día—va ya para veinte siglos, poco después de la gloriosísima Resurrección de Jesús—y allá en un rincón de Jerusalén, doce hombres oscuros departen en misteriosa y solemne conferencia. —¿Qué hacen?—Están repartiendo el mundo. —«A ti, Efeso, todas sus comarcas;—dice á Juan el que parece ser el jefe de ellos:—á ti, Tomás, la India y sus mares; para ti, Mateo, toda la Etiopía;»—y tras de señalar así á cada uno de sus compañeros el campo de conquistas, no por ciudades ó naciones, sino casi por continentes:—«¡Para mí—continúa—primero Jerusalén, luego Roma...! Y ahora, hermanos,—agrega al bendecirles después de breve oración, hechos mares de lágrimas los ojos:—Partamos: ¡á conquistar el mundo para nuestro Señor Jesucristo: El nos asista...!»

Y aquellos hombres, sin más título que ese mandato ni más patrimonio que un crucifijo, alzáronse, cayeron los unos en los brazos de los otros, y... ¡partieron!—Y ¡divino epílogo de la conferencia de Jerusalén! sólo pocos años después, Pablo, el póstumo, el grande, el sublime apóstol, desde allá, desde un rincón del Asia está escribiendo á unos de sus discípulos de Roma:—«¡Adelante, nuestra fe se predica ya en todo el universo mundo...!» (1).

Pero ¿y quién ha dado á aquellos hombres derecho á esa tan inaudita y, por qué no decirlo, tan soberbia repartición?—¿Quién?—El que les había dicho:—«¡Id, derramaos por toda la tierra, predicad mi Evangelio á toda criatura!» (2), ¡el dueño del mundo y el cielo, Jesucristo...!

Pues bien: hoy, hoy mismo, y allá en las profundidades del Africa, ¿no veis á un hombre que, pie al suelo, al aire la cabeza, el cuerpo mal vestido, con una alforjuela sobre las espaldas y un crucifijo en la mano, corre, aunque inundado de sudor, por la abrasadora llanura, ó atraviesa fatigosamente el suelo pantanoso?... ¿A dónde va?—Va en pos de infelices negros que le huyen ó se le esconden. Pero ¿qué busca?—Almas para Jesucristo. —¿Quién le ha enviado?—«La Obra de la Propagación de la Fe», que fué á su hogar, ¡porque él también tenía hogar, familia, patria, quizá fortuna, afectos, sueños...! y mostrándole el Africa, le dijo:—«¡Ve, Jesucristo lo quiere...!» ¡y él se levantó, y lo dejó todo, y fué...!

Tornad luego la mirada al Oriente, hacia esas grandes y asquerosas ciudades chinas ó malayas, donde revueltos con los hombres viven manadas de perros hambrientos, que de calle en calle y de extramuro en extramuro van buscando ansiosos su acostumbrado sustento... ¡cadáveres humanos...! allá, en una de ellas, ante la brutal impasibilidad de las gentes, unos perros están disputándose rabiosamente el poder devorar á un niño no muerto aún, arrojado por su madre en el muladar...! (3).—De pronto, ¡oh, mirad! un hombre vestido á lo chino, pero que no parece serlo, aparece en el lugar de la espantosa escena, y en viéndola, palidece más que de ira, de horror; corre, lánzase en medio de los furiosos canes, lucha con ellos, arráncales el niño aun vivo, abrázale contra su pecho; y como si hubiese hallado

(1) Ad. Rom. i, 8.

(2) Marc. xvi, 15.

(3) Carta de un misionero en 1882.

un tesoro, jadeante, pero con el tostado rostro que le ríe de alegría, corre mucho, mucho... hacia un miserable albergue, que es su morada, seguido de la feroz jauría y de una tropa admirable de estúpidos pasantes... ¡Oh! ¿quién ha enviado ese héroe á tan desventuradas y odiosas regiones?—«La Obra de la Propagación de la Fe.» ¡Bendita sea!...

Pero no, si queréis conocer por lo abreviado el fin universal de «La Obra de la Propagación de la Fe,» poned los ojos en un mapa; mirad del uno al otro extremo del mundo pagano; luego, pasito por pasito, pasead la mirada otra vez desde las costas inhospitalarias del Japón ó la Oceanía hasta los abrasados campos del Africa; desde las esquilmadas regiones del Asia hasta las opulentas selvas de nuestra misma América; es decir, pasead vuestra mirada por dondequiera que haya pueblos en las sombras y razas en la abyección, por dondequiera que hay madres que tienen por sistema el arrojar sus hijos al hambre de las bestias para hacer más fácil el vicio ó más libre la vida, por dondequiera que se alzan altares de ídolos que chorrean sangre hu-

mana ó vegetan hombres que se alimentan como con delicioso manjar de la carne de sus enemigos; en una palabra, por dondequiera que falta Jesucristo; y mirad bien: allí, ora en compactos escuadrones, ora solos, ¿no veis á hombres y jóvenes y ¡hasta mujeres! que con un crucifijo en la mano ó sobre el pecho y los ojos en el cielo avanzan, avanzan siempre?—Son los obreros de «La Propagación de la Fe.»—Y allá mismo, en los muelles de los más grandes puertos de Europa, en el Havre, en Amberes y en Hamburgo... entre el tumultuoso ir y venir de las gentes que no piensan sino en la tierra, ¿no habéis visto acaso vosotros mismos á un sacerdote ó un religioso ó una monjita, ó á muchos... que aunque devorados por oculta pena, serenos, tranquilos, con seguro paso, se dirigen al vapor que, camino del Asia ó Africa..., les espera para separarlos las más de las veces para siempre de la familia, el hogar y la patria...?—¿Por qué se van?—Porque llevan por misión el sublime fin de «La Obra de la Propagación de la Fe.»—¿Y ese fin cuál es?—El de no dejar un palmo de tierra sin una cruz, ni una alma sin Jesucristo...

CARTAS DE MISIONEROS

ESTADOS UNIDOS (CHICAGO)

Nuevo apostolado de San Antonio

De *El Eco Franciscano* extractamos la siguiente correspondencia que detalla la solemne bendición del *coche-capilla*, último invento del que ya tienen noticia nuestros lectores, debido al ingenioso celo de los católicos norteamericanos:

SAN Antonio acaba de inspirar á un devoto suyo de Nueva York, llamado Ambrosio Petry, una idea peregrina y altamente simpática, cuya realización llenó de consuelo y de justa admiración á todo el mundo católico, y en especial á los pueblos por ella favorecidos.

Era el día 16 de Junio; en una de las estaciones ferroviarias de la populosa é industrial Chicago, se aglomeraba inmensa multitud que venía á engrosar considerablemente las filas interminables de viajeros que diariamente llegan en mil trenes á la reina del lago Michigan.

En medio de tanta gente y de tanto aparato ferroviario se divisa al Sacerdote del Señor; era el excelentísimo Sr. Arzobispo de Chicago James E. Quigley, que revestido de ornamentos sagrados imploraba celestiales bendiciones, derramando agua lustral sobre un vagón que no parecía distinguirse exteriormente de las demás unidades, que á semejanza de enormes anillos, formaban los reptiles ferroviarios que diariamente cruzan en todas direcciones la gran República norteamericana. Sólo en el testero del vagón sobredicho se divisaba una pequeña cruz de hierro que daba á conocer el fin religioso á que se destinaba.

¿De qué se trataba? Se trataba nada menos que de consagrar al divino culto una capilla en forma de vagón ferroviario, dedicada á San Antonio de Padua, que iba á ejercer un nuevo apostolado por todos los Estados de la República de la bandera estrellada.

—¿*What ist that?* ¿qué es esto? preguntan todos á

la vez; y otros contestan: *A Chapel car*, un coche-capilla; no faltando quienes digan: *St. Anthony's Chapel*, una Capilla de San Antonio. En efecto, así como otros católicos norteamericanos ofrecen millones de *dollars* para la fabricación de suntuosas catedrales, como las que se están construyendo en Pittsburg, Omaha, Chicago y otras poblaciones, en donde dentro de poco tiempo se elevarán magníficas torres que cobijen bajo su benéfica sombra á los edificios fabriles que pueblan el aire de colosales chimeneas, así también Mr. Ambrosio Petry quiso construir ese templo ambulante que lleva á todas partes gérmenes de civilización y de vida.

El coche-capilla de San Antonio tiene 72 pies de longitud, y pueden acomodarse en él de 50 á 60 personas. El altar ocupa el testero interior, y está construido de tal modo, que además de la mesa-altar en que se celebran los divinos misterios, tiene á los lados y parte inferior cajones y departamentos para guardar los vasos sagrados y los ornamentos necesarios. En medio de candilabros, que están atornillados á los lados del retablo, aparece un magnífico cuadro de San Antonio encerrado en precioso marco dorado, y en la parte inferior, atornillado sobre la mesa del altar, está un valiosísimo Crucifijo de marfil, obra del siglo XI, regalado expresamente para la Capilla por el Conde de Santa Eulalia, Cónsul portugués de Chicago. Esta preciosidad artística está valuada en cinco mil *dollars*. Delante del altar está el comulgatorio, que separa al celebrante de los que oyen el Santo Sacrificio, y por medio de un apéndice artificioso el comulgatorio puede convertirse en confesonario. También hay allí asientos que pueden utilizarse tan sólo cuando la capilla no está llena de gente, siendo la construcción y distribución del conjunto perfecta en sus menores detalles, sin que falten en las paredes laterales hermosísimos cuadros que representan las escenas del *Via Crucis*.

Unido á la capilla existe otro departamento, semejante á los *sleeping-cars* de Pullman; y en él está el dormitorio y comedor del señor Obispo y del sacerdote acompañante, sin que falte tampoco una cocina con todos los utensilios necesarios y un pequeño departamento para el cocinero, que hace á la vez de portero, y que tiene su mesa de escritorio para llevar cuenta de todo el movimiento de la pequeña casa-capilla, que ahora está funcionando en el Estado de Kansas, diócesis de Wichita, en donde el Sr. Obispo John Hemressey recoge las poblaciones de su obispado ejerciendo su sagrada Misión.

NOTICIAS VARIAS

Marruecos.

Nuevo hospital.—El Barón de Rothschild estableció en Tánger un hospital civil para moros, judíos y cristianos. Estuvieron á visitarle los Padres Franciscanos con el fin de preguntarle si admitiría súbditos españoles, dado caso de no haber en el hospital que sostiene la Misión. Agradó mucho al Barón dicha visita, como lo manifestó después á los médicos franceses, y se ofreció á admitir en el hospital por él fundado cuantos españoles pidieran ser recibidos, aunque contando siempre con el permiso del Cónsul español.

Estados Unidos.

Mil enhorabuenas.—Se las enviamos al muy Rdo. P. José Freri, Director general de la Obra de la Propagación de la Fe en los Estados Unidos, á quien, en reconocimiento del gran impulso que ha dado á dicha Obra en este país, se ha dignado Su Santidad el Papa Pío X elevar al rango de Monseñor ó de su Prelado Doméstico. Cuando, diez años ha, Mons. Freri fué nombrado Director General de la Obra de referencia en esta República, el dinero contribuido para la misma subía sólo á \$ 68,000, mientras que el año pasado arrojó el consolador guarismo de \$ 185,000. Mil enhorabuenas, repetimos.

Argentina.

Congreso Católico.—Fué un verdadero acontecimiento religioso que figurará con destellos de oro en los anales de la Iglesia bonaerense el Congreso Católico celebrado en la capital de la Argentina durante los días 21, 22, 23 y 24 de Octubre último. Imposible es de todo punto dar cuenta detallada de los incomparables discursos y memorias leídas ó pronunciadas en aquella Asamblea, en que se pusieron de relieve los sentimientos religiosos, heredados de nuestros mayores, que distinguen á los argentinos y argentinas, que al hacer vibrar la nota religiosa pone en movimiento y actividad aquellas masas cristianas. Concurrieron á dicho Congreso todos los señores Obispos de la República, todas las Órdenes religiosas, las Asociaciones é Institutos católicos y un número incalculable de fieles.

Canadá.

En el monte de los mártires.—Se ha inaugurado una capilla y se ha verificado una peregrinación á ella para resucitar y honrar la memoria de dos ilustres mártires, muertos por la fe de Jesucristo, más de dos siglos ha, los PP. Brèbeuf y Lalande, cuya beatificación está solicitada. Estos dos insignes amigos del Sagrado Corazón que regaron con su sangre estos lugares, tienen ya una capilla conmemorativa de su martirio, gracias al celo y paciencia del sabio bibliotecario de

Monreal P. A. Jones, S. J., que hace cinco años encontró el sitio bañado por estos dos mártires.

China.

La Santa Infancia en el Tche-li-Sud-este.—Los bautismos de niños, la educación de cuantos la Misión adopta en nombre de la Santa Infancia y los remedios distribuidos gratuitamente, van acompañados de importantes gastos que pesan sobre la Misión.

Por hacerse cargo de ellos precisa comparar las siguientes cifras:

Niños bautizados.	13,043
» rescatados.	4
» entregados á nodrizas ó á familias.	301
» en los orfanatos.	310
» en las escuelas.	3,535

con estas otras, no menos dignas de conocerse que

las primeras. Se ha gastado:

Por los bautismos de niños.	2,691 fr.
» el rescate de niños.	132 »
» los niños entregados á nodrizas ó á familias.	8,409 »
» los niños de los orfanatos.	9,051 »
» los niños de las escuelas.	35,926 »
» las farmacias.	1,541 »

TOTAL. 57,750 »

La cantidad que la Santa Infancia envía para subvenir á estas necesidades, es 30,000 francos anuales.

Ya ven, pues, los amigos de *Las Misiones Católicas*, cuánto falta para saldar sin déficit el gasto anual. De Francia las limosnas, por efecto de la persecución religiosa, han disminuido sensiblemente. Muévanse los católicos españoles y americanos á suplir con su generosidad lo que el sectarismo francés ha logrado restar al apostolado católico, y Dios se lo pagará.

Estado actual de las Misiones confiadas á los Padres Lazaristas.—Del ejercicio 1906-1907 recibimos el siguiente cuadro general del estado de las siete grandes Misiones chinas evangelizadas por los Lazaristas.

He aquí los datos más interesantes de esta estadística:

Número total de católicos.	216,800
Obispos.	6
Sacerdotes europeos.	156
Sacerdotes indígenas.	113
Hijas de la Caridad.	187
Maestros de escuela.	1,739
Maestras de escuela.	1,242
Iglesias y capillas.	1,227
Seminarios.	14
Seminaristas.	440
Bautismos.	90,000

Japón.

Datos interesantes.—Posee el Japón en la actualidad cuatro astilleros y dos arsenales militares. Sólo en los últimos hay cincuenta mil hombres empleados contando ingenieros, peritos, mecánicos y trabajadores. En dos de los astilleros se han construido varios acorazados y hay otros en construcción. No necesita salir de su país el Gobierno para la construcción de blindajes y en busca de materiales para los grandes cañones, porque posee muy bien montadas fábricas de fundición de acero, fabrica pólvora de inmejorables condiciones, y sus diques secos pueden prestar todos los servicios que se ofrezcan. Los empleados en todos estos establecimientos

son todos japoneses. Sólo el arsenal de Kure, que es el mayor, cuenta con 85,000 maquinistas, industriales y jornaleros. En él hay cuatro diques secos, donde pueden entrar holgadamente los acorazados de primera clase, una instalación completa para construcción de buques y un arsenal naval de donde salen los cañones de mayor calibre. De allí han salido como nuevos los cruceros rusos de que se adueñó el Japón en las campañas de la última guerra. Actualmente se está construyendo en Kure un acorazado idéntico al *Satsuma* y mayor que el tan famoso *Dreadnought* inglés. Son también de gran importancia los astilleros de Yokohama, en donde principalmente se construyen los torpedos de tipo inglés, pero que los japoneses cargan con arreglo á una fórmula suya. Cuentan estos astilleros con 75,000 hombres. El más importante arsenal militar es el de Tokio, donde se fabrican fusiles, revólvers, artillería de campaña y toda clase de cartuchos. Cuando ponga en práctica el nuevo plan de servicio bienal, contará el ejército japonés en tiempo de paz 248,000 hombres. Calcúlese cuál no podrá ser su contingente en tiempo de guerra, y con cuánta razón preocupa á su rival de aquende los mares.

Para la Iglesia católica ofrece el imperio del Japón un brillante porvenir. No contento el Gobierno con la fundación de la gran Universidad de Tokio, encomendada á los Jesuitas norteamericanos que están al frente de la célebre Universidad de Georgetown, trata de ejecutar todo un programa, favoreciendo con todo su poder el desarrollo del Catolicismo en los Estados del Mikado.

Así, la Misión japonesa, enviada recientemente á Roma por el Gobierno japonés, ha ofrecido al Papa, de parte de un alto personaje, que es evidentemente el Mikado, un gran terreno de dos hectáreas en Tokio, para la construcción de una catedral católica.

La nueva iglesia, destinada á ser la más importante del Japón, será confiada á los Benedictinos franceses.

El Japón, tomando á la Europa sus Benedictinos, después de haberle tomado sus cañones y sus acorazados, prueba que pretende pasarla y no sólo seguirla.

Mientras que algunos países de Europa y América olvidando lo que deben al Catolicismo, rehusan ó cortan relaciones con la Santa Sede, el Japón se hace honor pidiendo entrar en relaciones regulares con el Papa. Ha solicitado y obtenido el nombramiento en Tokio de un Delegado permanente de la Santa Sede, y por su parte, conservará en adelante un Ministro Plenipotenciario cerca del Vaticano.

Australia.

Bodas de plata de un Arzobispo.—El Exmo. Sr. Thomas Carr, Arzobispo de Melbourne, celebró en el mes de Agosto último las Bodas de plata de su consagración episcopal. Los católicos de dicha ciudad hicieron una pública manifestación en su honor, y en número de más de 10,000 invadieron las espaciosas naves de la Catedral de San Patricio. Tres Mensajes de adhesión fueron dirigidos á Su Excelencia: uno de los Obispos sufragáneos de la Provincia eclesiástica de Melbourne, otro del Clero diocesano, y el último de los católicos seculares. Se le ofreció en memoria de aquel hecho la suma de nueve mil libras esterlinas para las obras de la Catedral y para la organización y difusión de las escuelas católicas. Es indudable, que la Iglesia se extiende y robustece en medio de la lucha.

Filipinas.

Visita de un personaje chino.—El Hon. H. E. Yanh Shih-Ch'i, escoltado por los cruceros de guerra chinos «Hai-Ch'i» y «Hai Jung», llegó á Manila á fines del pasado Noviembre con la comisión imperial del Wai Wu Pu, á investigar y estudiar las condiciones comerciales, de agricultura y trabajos de Filipinas.

Acompañaban á este personaje chino los siguientes señores:

Yang Shih ch'eng, gobernador de la provincia de Kiangru; Yen Ch'u; Po Jui, vicesecretario del departamento de Agricultura, Obras públicas y Comercio; Lei Kwocheng, gobernador; Lo Hun-nien, graduado en la escuela industrial, de Shanghai; y Hsu Schushen, influyente jefe del Salt Courptroller.

Otro de los objetos de esta comisión es determinar y ver las condiciones en que se encuentran los hijos del Celeste Imperio en esta capital y estudiar la forma de dar mayor entrada en China, á los artículos filipinos.

El cónsul general de China en Manila fué el encargado de acompañar á esta comisión en sus excursiones por las Islas.

Después de visitar el Archipiélago filipino, salió para Borneo y Australia para establecer en aquellas regiones consulados chinos.

Otra comisión análoga ha partido también para América, con un fin semejante, siendo ambas efecto de los deseos que abraza el Gobierno chino de ir paulatinamente entrando á la civilización cristiana, adoptando y acomodando sus costumbres á las nuestras.

Un pueblo más que va camino del progreso.

VIAJE DEL ILMO. SR. BAZIN, VICARIO APOSTÓLICO DEL SUDAN, POR EL ANILLO DEL NÍGER

POR EL R. P. HIRGAI, DE LOS PADRES BLANCOS

(Conclusión)



dos ó tres horas de Sikasso, los campos se extienden desnudos de toda vegetación; ni siquiera se encuentran boababs. Desde las elevadas cumbres que dominan el llano donde está sentada la ciudad, se descubre el ancho círculo que formaban sus antiguas fortificaciones, y al otro lado del arroyo que cruza la ciudad, dividiéndola, numerosas casas en ruinas causan al excursionista la triste impresión de un cementerio. Pero esta

impresión pronto se desvanece.

*

Desde el montecillo donde se levanta el pabellón de los oficiales, se adivina que Sikasso no es una ciudad muerta. Bajo el impulso enérgico é inteligente del capitán Sagoltz, y de los dos oficiales que le secundan, se han realizado ya importantes trabajos; con la apertura de anchas calles y alamedas, han desaparecido las ruinas poco interesantes de las antiguas ciudades de Tiebo y Babemba. A lo largo de estas calles se ven las factorías de los comerciantes europeos, el nuevo mercado y las nuevas casas de los indígenas, rodeadas de un muro rectangular. Esto hace esperar que dentro algunos años, si este trabajo de restauración no se inte-

rumpe, Sikasso llegará á ser una de las ciudades más europeas del anillo del Níger.

El 17 de Febrero nos despedimos de los oficiales del fuerte, dándoles las gracias por la buena hospitalidad que nos han dispensado durante tres días, y vamos á acampar en Pemprana, unos 15 kilómetros más al Norte.

Sería la media noche, cuando súbitos relinchos alarman el campamento: un caballo que habíamos comprado en Sikasso, á un antiguo guerrero de Babumba herido en el último sitio que sufrió dicha ciudad, ha logrado desasirse de la cuerda que lo tenía sujeto y ha mordido á dos de sus congéneres; al ataque siguió ruidosa lucha que acabó huyendo los tres combatientes á todo galope por donde habían venido la víspera. Dejémoslos en paz, pues á las cinco de la mañana todavía no han regresado y debemos partir.

18 de Febrero.

Emprendemos la marcha á pie y nos dirigimos á Ganguasso. Por el camino encontramos varias caravanas de Diulas. Estos humildes comerciantes vienen del Sahel, donde han ido á comprar sal, y van á venderla á los países del Sud al doble ó triple del precio de compra. A su regreso cargan nuez de kola, la que venden en los países del Norte, logrando pingües beneficios: se les encuentra por todos los caminos del Sudán, con sus azules *oloki*, sus anchos sombreros, sus cautivos y largas filas de borriquitos grises.

19 de Febrero.

Dumaux, término de esta etapa, es un pueblo rico y grande, sus casas rectangulares están unidas unas á otras sin orden ni alineación, pero de modo que forman las más extrañas calles que imaginar se pueda. A través de este laberinto, se circula como se puede, las más de las veces para parar en callejones sin salida. No sería prudente entrarse por ellos sin guía, pues lo contrario es exponerse á no dar con la salida del laberinto.

Al anochechar pasaron cerca del campamento dos individuos que traían un hombre preso y fuertemente atado. Al vernos, el infeliz prisionero pidió auxilio; el Ilmo. Sr. Bazin se le acercó y preguntóle el por qué iba de aquella manera. El pobre hombre respondió que había sido esclavo en su infancia, pero que luego recobró la libertad; y que yendo uno de estos días á visitar á sus padres, fué visto de su antiguo señor y dueño, que era quien en tal estado le traía, para tenerlo otra vez por esclavo. Al hablarse de exponer el caso al comandante militar, el que se decía señor desató al cautivo y desapareció á toda prisa.

El 20 de Febrero acampamos en Kinian. Hace seis años que este pueblo se negó á someterse á los franceses, y por consiguiente debió tomársele por asalto: sus habitantes fueron desterrados á Segú, donde permanecieron dos años. El jefe se sometió incondicionalmente; hoy está á la cabeza de importante distrito, y si no fuera por su excesivo amor al ajenjo, el comandante del círculo debería felicitarle á cada momento por sus buenas disposiciones para gobernar.

Durante el tiempo que los habitantes de Kinian se vieron obligados á permanecer en Segú, varios de ellos empezaron á aprender el Catecismo, pero por desdicha,

cuando regresaron á su propio país, los misioneros no pudieron seguirles, y desde entonces todos se han hecho musulmanes.

Kinian es como un islote musulmán en medio de un país fetichista. Los bambaras que se encuentran avanzando en dirección al Norte, se conservan fieles á sus antiguas supersticiones. Parecen más fervientes que sus hermanos del otro lado del río: los templos son numerosos en el interior de sus *soukalas*, y además cada pueblo posee, fuera del recinto amurallado, espaciosa casa redonda llena de gris-gris.

Hemos en Kumanku asistido á una ceremonia fetichista. Al anochechar la mayoría de los habitantes se reunieron en los alrededores del templo principal. Los tocadores de *balafus*, tambores y campanillas, formaron en línea recta delante de la puerta de la población, y empezaron á golpear sus instrumentos con agradable armonía. Entonces se organizó curiosa procesión: abrían la marcha unos veinte muchachos, uno tras otro, y todos colgado al cuello un saquito de gris-gris, y sobre la cabeza florida rama; seguían los hombres, que traían muchas campanillas y las agitaban acompasadamente. La procesión avanzaba despacio, regulando su paso y movimientos al compás de las dulces notas del *balafu*. Al llegar cabe el templo, entonaron suave melodía, parecida á nuestro canto llano.

Nada de grotesco tenía el conjunto de la procesión: antes al contrario, todo en ella era grave, casi religioso. Los muchachos dieron la vuelta al templo, y después, uno tras otro tocaron con las ramas floridas la cabeza de un hombre que á la puerta del mismo estaba arrodillado, y en seguida las depositaron en el interior. La fiesta acabó danzando.

No logramos saber el significado de esta ceremonia; creemos fuese la consagración del templo, porque éste, en efecto, era nuevo.

En Kumanku abandonamos el camino de Bamako, que tuerce al Oeste, pasando por Diebé y Uo, y tomamos un atajo que avanza en dirección al Norte. Es un sendero indígena; por él pasan las caravanas de Diulas que vienen de Nioro por Nyamina y Barueli, ó de Gombo por Segú. Una docena de pueblos bambaras se encuentran á lo largo de este atajo, entre Kumanku y Surukoro; algunos parecen muy importantes. Pero no es prudente juzgarlos por estas bellas apariencias.

Cuando el bambara, por una causa ó por otra, abandona su casa, no la destruye nunca; construye otra nueva algo más lejos. El techo de la casa abandonada no tarda en hundirse; pero las paredes permanecen largo tiempo en pie, y de lejos es imposible adivinar si la casa está ó no deshabitada. Así, pues, en general los *soukalas* son muy extensos, pero relativamente poco poblados, pues abundan las casas en ruinas.

El día 25, vadeamos el Bani en Surukoro, y acampamos en Patiana; nuestros hermanos los misioneros han construido en este pueblo una casa de ladrillos, y residen constantemente en él.

En fin, tomando el camino por donde venimos, tres días después entramos de regreso á Segú.

FIN

CONCILIO PROTESTANTE EN CHINA

Tai-ming-fou, 11 de Julio de 1907.



ISITÁBAMOS el otro día el establecimiento de los protestantes americanos, aquí en Tai-ming-fou, y mi compañero de viaje admiraba la generosidad de los yankis. ¡Y tenía motivos para ello! Pues á dos kilómetros de la ciudad se encuentra una inmensa exten-

sión de cerca 53 hectáreas de excelentes tierras de cultivo, propiedad de los protestantes, que fueron compradas á distintos propietarios hará unos tres años, en medio de las cuales construyeron luego residencias para los misioneros, una casa-almacén, un «convento» para una docena de señoritas que vienen á propagar el santo Evangelio, y... á buscar un partido entre estos pastores todavía célibes, varias escuelas para niños y niñas, etc., etc.

—Que estos señores y señoritas se vengán á China, lo comprendo, opinó mi compañero, pues son muy bien pagados para ello. Mas... ¿de dónde les vienen los recursos para acometer semejantes empresas? ¿Les bastan las limosnas de bienhechores de buena fe? Y si éstas no les bastan, ¿cuál es el móvil que resuelve á desatar la bolsa á los demás?

Para contestarle invoqué el patriotismo americano.

—Lo hacen, le dije, para extender la influencia de los Estados Unidos en esta parte de la China tan codiciada, abrir nuevos mercados y nuevos centros de información comercial. Cité como ejemplo el vicecónsul de Tsi-nan fou, capital de la provincia de Chan-tong, que hasta fines del pasado 1906 vino desempeñando las funciones de misionero, ó si se prefiere al revés, el de este misionero que desempeñaba las funciones de vicecónsul.

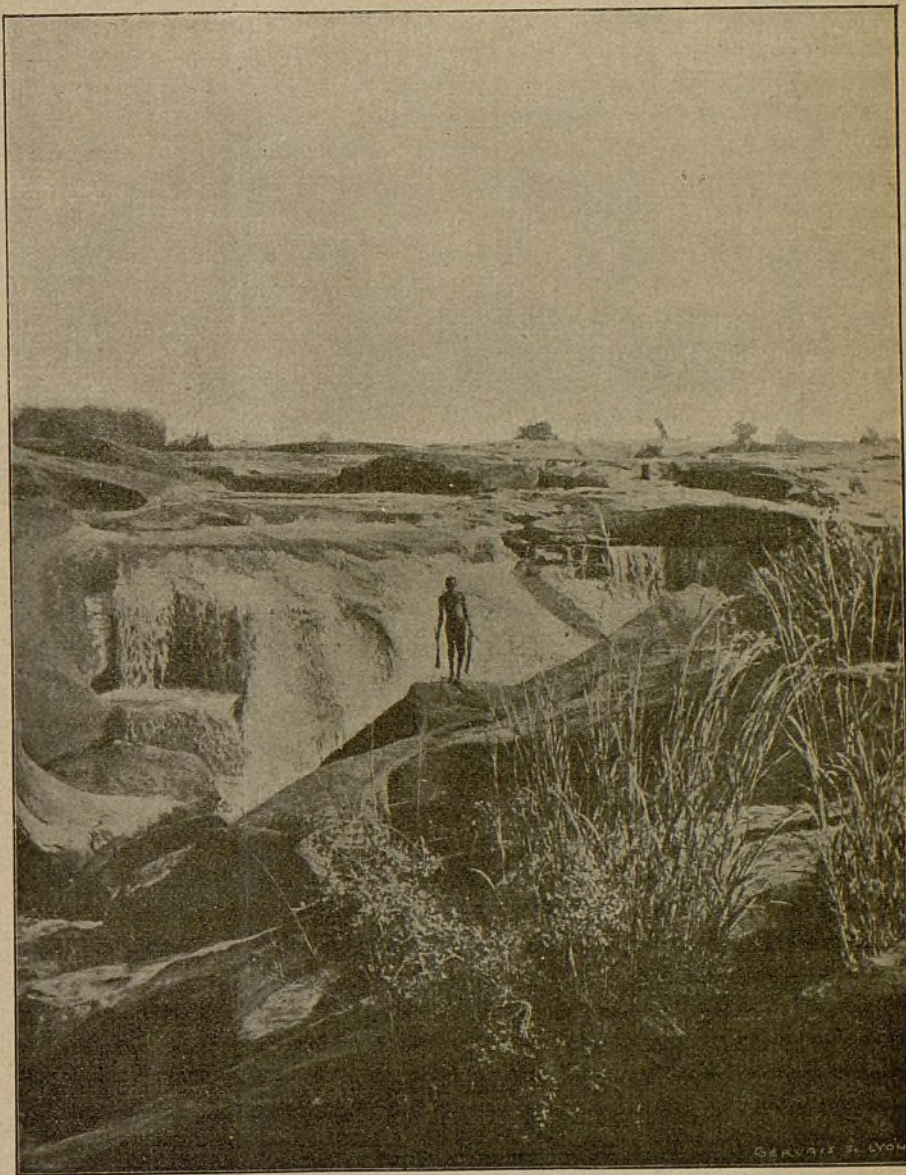
—Este es un caso aislado, replicó mi interlocutor, y además no debía ser fácil proceder de otro modo.

—¿Y el de M. Fergusson, ex-misionero, le contesté, que fundó en Shang-hai el *Nan-yang college*, para el Gobierno chino, pero con un cuerpo de profesores reclutado en América? El colegio fué costado por el Gobierno chino; mas ¿quién recogía los frutos de su influjo? Ciertamente es que los chinos se han vuelto más recelosos, y que el *Nan-yang college* ya no lo dirigen los americanos. ¡Pero cuántos otros dirigen todavía!

Lo que entonces respondí tímidamente, lo veo hoy

confirmado, de mano maestra y protestante, en un periódico de Shang-hai.

Bueno será decir que todas las «confesiones» que misionan en China enviaron sus delegados al gran concilio (ellos lo llaman *conferencia*), celebrado en Shang-hai, á fines de Abril del presente 1907. Era el tercero que de esta clase se celebraba desde 1877. Los delegados que asistieron al mismo fueron en número de 400,



SUDAN.—CATARATA DEL SENEGAL, CONOCIDA EN LA REGIÓN CON EL NOMBRE DEL FILU. Reproducción de fotografía enviada por el Ilmo. P. Bazin. (Pág. 5)

éstos con voz y voto (¡los Padres del concilio!), más 520 invitados, hombres y mujeres. Las «iglesias» de Francia, Inglaterra, América, Dinamarca, Suecia, Australia y Japón, enviaron también numerosos delegados. Sólo Alemania, entre las grandes naciones protestantes, estaba representada únicamente por sus misioneros de China, y aún muchos de éstos se hicieron sordos al llamamiento.

Siento no poder transmitir *in extenso* las actas de este tercer concilio no ecuménico.

He aquí el resumen de los trabajos. Me limito á traducir, y procuraré hacerlo lo más exactamente posible.

«Mucho podría decirse acerca del tema del día octavo: la Sagrada Escritura, su estudio, sus aplicaciones... Pero esto no hace muy al caso para esta Revista. Para ser breves, pasaremos á las discusiones del día noveno y último, sobre el: *Comity and Federation*.

«Algunos días antes, alguien había dicho burlescamente que la Conferencia era: *a hot bed of undigested ideas* (?).» Y en efecto, las discusiones de este día noveno confirmaron esta frase, cuyo significado ignoraban la mayoría de los asistentes. La palabra «Federación» salía de todos los labios, pero no por esto se dejaba de observar que era dado á muy pocos el don de comprender su verdadero significado. Por fin se abandonó el ideal, que parecía haber guiado á los *ponentes*, de una *Iglesia cristiana unida en China*, se abandonó, digo, como á un fantasma sin color ni consistencia. Y en su lugar pusieron el ideal bíblico del *reino de Dios sobre la tierra*, y particularmente sobre la China. Hacia este ideal deberían tender en adelante cuantos aspiren á una unión más perfecta.

«Ya se admire la Iglesia católica en su rígida unidad, ya se deploren las divisiones que afligen las iglesias evangélicas, nosotros siempre tenemos la *unión mística*, ella nos basta, y así será verdadero aquello de la Sagrada Escritura: *¡Diversidad de dones, pero uniformidad de espíritu!*»

Pero vedme con la traducción de las actas de la Conferencia lejos del objeto que me propuse. Vuelvo á él y sigo traduciendo.

«Las Misiones evangélicas, fieles á la orden divina: «Id y enseñad á todas las naciones,» se ocupan de la enseñanza y educación, se esfuerzan en *allanar los caminos al comercio y á la civilización*, quieren oponerse á la ola invasora del espíritu japonés, que tiende á unir los pueblos del Asia, para arrastrarlos á una lucha á muerte contra las naciones de Europa (1).»

En el mismo concilio-conferencia se puso á discusión el proyecto de una Universidad cristiana (léase protestante). Tanto en las Américas como en Inglaterra esta idea goza de las mejores simpatías, y los americanos trabajan con gran empeño para lograr que su Gobierno les entregue el resto de las indemnizaciones que China debe pagar á los Estados Unidos desde el año 1900. Lo que hizo renunciar á la inmediata ejecución de este proyecto, fué la actitud actual del Gobierno chino sobre la enseñanza. La proposición fué remitida á una comisión de misioneros.

Dije más arriba que los alemanes tenían escasa representación en la famosa Conferencia. Mucho se les reprochó esta conducta. No obstante, ved cómo se de-

fienden actualmente. Para que lo veáis mejor, traduciré íntegro un pasaje de uno de sus defensores, que es muy á propósito para el fin que me he propuesto demostrar. Dice así:

«Nosotros, los alemanes, generalmente aprendemos y hablamos el inglés en nuestras relaciones con los extranjeros en el Extremo Oriente. El misionero alemán, también posee algún conocimiento de esta lengua, pero una vez en su misión del interior de la China, pronto olvida lo poco que de ella había aprendido en los bancos del colegio. Así que, al encontrarse con algún inglés é irle á saludar, sólo acuden á sus labios las palabras chinas que usa ordinariamente, y no es para describir el gozo que siente cuando á fuerza de rodeos logra salirse del apuro con un *Good bye*. A nadie, pues, debe maravillar que el misionero evite el encuentro de sus colegas ingleses y americanos.

«Además, el inglés y el americano cambian de lugar con mucha frecuencia, lo que no suele hacer el alemán. *La mayor parte de los misioneros americanos son comerciantes dotados de un espíritu innato de especulación, del cual hacen uso en la misión.* (Copio literalmente el texto, pues temo fuese acusada de inexacta mi traducción: *Die meisten amerikanischen Missionäre sind Kaufleute mit angeborenem Spekulationsgeist, den sie auch in der Mission anwenden*).—El misionero alemán no retrocede por nada. Funda sus Misiones lo mismo en las montañas más altas que en los valles más profundos, y cada día, en cualquier tiempo del año, cumple sus deberes con escrupulosa fidelidad. Este es el mayor de sus consuelos.

«La táctica del americano y del inglés es muy distinta. Para sus trabajos de misionero eligen la vecindad de las vías férreas y demás grandes vías de comunicación. Siempre están en contacto con el mundo civilizado. Tienen todo lo necesario para viajar. Como minimum disfrutan de un haber de 1,000 dollars anuales (5,200 francos). Por cada nuevo hijo perciben en su sueldo un aumento de 100 dollars (520 francos). Como antes dije suelen, á pesar de gozar tan espléndido sueldo, ser comerciantes, teniendo establecimiento en América ó haciendo con los chinos un *comercio cristiano* (*sic: christlichen Handel*), vendiéndoles relojes, telas, etc. Y no cuento las cantidades que como donativos les envían particulares para cooperar á sus trabajos de misionero.

«¡Qué contraste con los salarios que perciben los misioneros alemanes! Un misionero soltero cobra 700 piastras, unos 2,200 francos, y los casados doble. No reciben nunca donativos extraordinarios, y son misioneros y nada más.»

Paréceme que mi tesis queda suficientemente demostrada.

PABLO YUNG, S. J.

(1) Y contra el comercio anglo-germánico-americano. (Nota del traductor).





ALTO LÍBANO.—CEDROS DEL LÍBANO CUBIERTOS DE NIEVE.—Reproducción directa de fotografía remitida por el P. de Violet

DESDE LA GUINEA ESPAÑOLA.—LA MISIÓN DE ELOBEY

(Continuación)



ENTRE los sitios del interior del Muni que más vivamente acariciaban los misioneros para instalarla, eran las riberas del Noya; pues á las repetidas instancias que sus numerosos habitantes habían hecho á los Padres misioneros para que les enseñaran las cosas de la santa Iglesia para recibir el Bautismo, abrigaban la firme esperanza de que sería además muy ventajosa para los intereses de nuestra amada nación. Y ésta fué, sin duda, la causa principal por que algunos desafectos á la Corona de España se opusieron con tanta tenacidad á los misioneros, como después se dirá, temerosos de que en esta Reducción dábamos los españoles *un paso muy firme* (como en realidad así era) para asegurar en favor de España la posesión de aquellos territorios.

Resueltos, pues, nuestros misioneros á realizar cuanto antes sus bellos ideales, comunicaron su resolución al ya citado reverendísimo Padre Prefecto, Armengol Coll, suplicándole al mismo tiempo se dignara otorgarles el permiso que humildemente le pedían para la nueva Reducción. No se hizo esperar la superior autorización; porque impulsado Su Reverendísima del ardiente celo de salvar á estas pobres gentes, que viven en las tinieblas y errores idolátricos de la gentilidad, no solamente aprobó y otorgó el competente permiso para una obra que tanta gloria daría á Dios y á los intereses de

la madre patria, sino que además quiso tomar parte muy activa en la elección del lugar que reuniera más ventajosas condiciones. En efecto:

Tan pronto como fué posible al Rmo. P. Coll girar la visita por las islas y continente, salió de Santa Isabel á bordo del vaporcito *Fernando Poo* con rumbo á Elobey. Luego que hubo llegado á la Casa-misión, manifestó al reverendo Padre Superior, Alfredo Bolados, y á los demás Padres, los vivos deseos que tenía de realizar cuanto antes la Reducción en el interior del Muni, porque hacía mucho tiempo que acariciaba se llevara á feliz término por los mismos fines arriba indicados. Combinada la hora de salida y hechos los preparativos necesarios, hízose á la vela en la ballenera de la Misión, acompañado de un Padre misionero, con rumbo al Noya.

Así consta de una detallada relación, que Su Reverendísima escribió de esta expedición con la naturalidad y sencillez que le caracterizan. Bien quisiera trasladarla íntegra á estas columnas para común solaz de nuestros lectores; pero, por ser muy ajenas de nuestro propósito muchas circunstancias que en ella refiere el Ilmo. P. Coll, me limitaré á transcribir únicamente los párrafos que se refieren á la susodicha expedición. Dice, pues, así:

“... Deseando explorar los ánimos de los *pámues* y examinar el sitio más á propósito para hacer una habitación decente, aunque sencilla, para poder residir mientras hacen su catequesis dos misioneros en medio

de aquellas tribus, ahora salvajes y fieras, no tanto como las pintan, y á no tardar, Dios mediante, civilizadas; emprendimos, el P. Guiu y el que suscribe, la marcha en un simple bote, ya algo entrada la noche, á fin de aprovechar la brisa que, hinchando la pequeña vela, en menos de una hora nos llevó á la embocadura del Muni. Allí llamamos un joven catequista, á fin de que nos sirviera de intérprete, el cual se agregó á la tripulación, haciéndose sordo á las instancias de su familia, que le impedía la jornada por haber de pasar por tierras de enemigos. La escena dura medio cuarto de hora, durante cuyo tiempo llegan á nuestros oídos voces de súplica, de consejo, de imperio, de amenaza, etc., etc., á todo lo cual satisface nuestro joven con serenidad imperturbable, mientras nuestra ballenera se va alejando de la playa y nos introduce en el anchuroso río hasta llegar á punta Botika.

«Son las once de la noche y nos resolvimos pasar la noche en nuestro bote, á no ser que amenazase la lluvia. Afortunadamente podemos estar tranquilos sin que nos moleste la intemperie. Llegada la mañana, la marea nos favorece para partir, y á fuerza de remar nos vamos alejando de dicha punta. Son las once; el sol caliente en extremo. Estamos á unas cinco leguas del afluente del Muni, llamado Noya; un negro de Sierra Leona, encargado de la factoría inglesa, llamado Mabenchí, nos ofrece decente hospedaje, en el cual descansamos un rato después de haber cambiado nuestros saludos con los jefes de los pueblos allí vecinos. Después de dos horas escasas nos deteníamos á visitar algunos pueblos, embarcándonos en un cayuco movido por cuatro robustos paletas, haciendo de timonero nuestro catequista y rezando durante el trayecto nosotros el Oficio divino.

«Para evitar los ardores del sol y la fuerza de la corriente, pasamos junto á la orilla izquierda, debajo de espesos mangles, cuando uno de los remeros da la voz de alerta.—¿Qué es eso?—Una culebra, contestó, está sobre sus cabezas.—Entretanto habíamos pasado el peligro, y no fué nada, gracias á Dios; pero pudo haber ocurrido alguna desgracia, porque era precisamente de una especie de culebras pequeñas y largas que esperan al caminante para tirársele encima y envenenarle con su mortífera picadura.

«Otro pequeño percance nos aguarda; el cielo se encapota, sin visos de lluvia al parecer; un trueno lejano, sin embargo, anuncia que detrás de la espesa arboleda nos amenaza la tempestad. No hay pueblo alguno en las cercanías ni lugar donde guarecerse; no queda otro remedio que proseguir la marcha. Entretanto un ruido sordo avanza lentamente tras de nuestras espaldas; luego un chubasco más que regular nos hubiera calado del todo á no defendernos con nuestros paraguas. Este incidente, sin embargo, no entorpece nuestra marcha, y en su virtud nos hallamos dentro de un cuarto de hora rodeados de pámpues, que en sus simpáticos semblantes manifiestan la alegría que les causa nuestra llegada. Sin grandes preámbulos ni etiquetas les manifestamos nuestros deseos de catequizarlos, que era el fin principal de nuestra venida. Añadimos luego nuestro

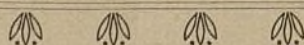
deseo de edificar, no lejos de aquel punto, una sencilla vivienda; pedimosles si tenían algún enfermo de gravedad, y nos íbamos á marchar, cuando nos dicen:—«Padre, predícanos algo.»—Con gran satisfacción comencé en seguida mi sencilla plática, que consistió en una explicación breve de los Mandamientos. Preguntábalas al fin de cada uno si les parecía justo y bueno; y movían todos la cabeza, contestando:—*Aaah...*, esto es: Sí, Padre.

«Pasamos después á otros pueblecitos, pretendiendo todos que nos quedásemos con ellos algunos días y tener la dicha de que colocásemos nuestra vivienda en medio de su pueblo. ¡Cuán de buena gana nos hubiéramos quedado entre ellos, aunque hubiésemos tenido necesidad de comer yuca, plátanos y pescado! al fin era poco el tiempo de que podíamos disponer, y fué preciso despedirnos de nuestros amados pámpues.

«Un día de camino nos toca hasta llegar á la boca del Muni, no sin haber pasado antes por peligros y peripecias. La noche la hemos de pasar tendidos en la proa de un bote y casi al sereno, madrugando mucho al día siguiente para poner término á nuestro viaje. Aparte de tres jóvenes que nos siguieron para nuestros colegios, dejamos á los pámpues muy aficionados á nosotros y en excelente disposición para que fructificara en ellos la divina palabra que á su tiempo cambiará del todo, así lo confiamos, aquellos corazones; entretanto rogarémos al Señor que acabe la obra comenzada con tan buenos auspicios...»

Leído lo que precede, ¿quién jamás pensará que así misioneros como indígenas no pudieran ver cumplidas sus nobles aspiraciones? Mas por desgracia así sucedió, porque, no obstante la diligencia con que el reverendísimo Padre Prefecto dispuso luego de regresar á Elobey que se prepararan todos los materiales necesarios para la nueva Reducción y la actividad que desplegaron nuestros misioneros para ello, fué el caso que, estando ya la ballenera cargada del maderamen, con los operarios y misioneros en dirección al Noya... ¡oh secretos juicios de Dios! viéronse de tal manera cohibidos por unos extranjeros que les salieron al encuentro, y tan grande fué la oposición que se les hizo, todo por obra y gracia del perniciosísimo *statu quo* de que antes se ha hablado..., que, *pro amore pacis*, juzgaron prudente volverse á Elobey, adorando los secretos de la amorosa Providencia que así lo permitía. Y nosotros, adorando también, como nuestros queridos Hermanos en Religión, los amorosos designios de Dios Nuestro Señor en permitir que no se llevara á cabo esta Reducción en el interior del Muni, y de la cual tantas ventajas se auguraban; no podemos menos de bendecir al Señor con toda nuestra alma, vida y corazón, por la especial asistencia con que favoreció á nuestros infatigables misioneros, ya que, como vamos á ver, continuaron impertérritos fundando nuevas Reducciones, á pesar de las contradicciones que habían experimentado. ¡Sea por todo bendito y alabado el Deífico Corazón de Jesús y el Purísimo é Inmaculado de su dulce Madre, la Bienaventurada y siempre Virgen María!—Amén.

(Continuará).



ENRIQUE SIENKIEWICZ

LOS CABALLEROS TEUTONICOS

(Continuación)

Con aprobación de la Autoridad eclesiástica

Al amanecer partió Danusia escoltada por los lacayos que habían venido á buscarla.

La despedida de los jóvenes desposados fué conmovedora en extremo, y las lágrimas de la Duquesa se mezclaron con las de Danusia. En cuanto al señor de Lorche, declaró impresionado que jamás había encontrado corazones más generosos que los de los polacos, así que allí mismo hizo voto de batirse á pie ó á caballo, á espada, á lanza ó hacha, con cualquier hombre ó diablo que intentase molestar á la joven pareja.

Y cuando, después de nuevas lágrimas y de los últimos abrazos, Danusia subió al trineo que debía llevarla, Zbyszko hizo aproximar su cama á la ventana, mandó al tchèque Chlava que la abriese á pesar del frío, y con voz débil, á consecuencia de su larga enfermedad, gritó:

—¡Adiós, Danusia, que Dios te proteja! Hasta que nos veamos en Ciechanov...

—¡Adiós, Zbyszko! respondió ella. ¡Queda con Dios!... Hasta la vista...

Pero la nieve que caía á grandes copos veló sus últimas palabras, que parecieron á ambos como si viniesen de muy lejos...

Pasada la estación de las nieves vino el frío con sus días claros y serenos.

La Duquesa, acompañada del abate Wyszonek y de todo su séquito, partió para Ciechanov, con objeto de reunirse con su esposo. Zbyszko, que aunque muy repuesto no estaba todavía bastante fortalecido para montar á caballo, se quedó en el castillo de Prasnysz, con Chlava, Sanderus, sus turcos, sus lacayos y la servidumbre del castillo.

Ocho días antes de Navidad Zbyszko se levantó por primera vez y dió un paseo á caballo. Al volver entró en sus habitaciones y descolgó la espada, para probar si podía ya manejarla con facilidad, y tuvo la satisfacción de ver que la movía muy ágilmente. Quiso luego hacer el mismo ensayo con el hacha, pero ya aquí el resultado fué menos satisfactorio. El hacha era mucho más pesada que la espada, y el joven caballero apenas si podía levantarla. Pero no se desanimó, sino que al contrario, se hizo la reflexión de que esto se remediaría muy pronto, pues cada día notaba más fuerzas é iba rápidamente recuperando el vigor perdido.

Por fin, dos días antes de Navidad, abandonó el hospitalario castillo, en el que había pasado horas muy agradables, pero en el que no le habían escaseado tampoco los malos ratos, y partió para Ciechanov, donde esperaba encontrar á Danusia y á su padre, pues los Duques habían invitado al castellano de Spychovo á pasar con ellos las fiestas.

En efecto, Iurand llegó á Ciechanov la víspera de Navidad, pero venía solo.

—¿No viene Danusia con vos? preguntó la Duquesa, en el preciso momento en que Iurand miraba en derredor suyo, sorprendido é intranquilo al ver que su hija no salía á su encuentro y no se le abalanzaba al cuello como de costumbre.

Al oír las palabras de la Duquesa creyó volverse loco.

—¿Cómo, señora? dijo con voz temblorosa. No os comprendo... ¿Cómo iba á traerla conmigo si está en vuestra compañía?

Ahora era la Duquesa la que palidecía de sobresalto y emoción.

—¡Por Dios, tranquilizaos! ¿No habéis enviado á vuestros servidores á buscar á Danusia?

—En el nombre del Padre y del Hijo, exclamó Iurand loco de dolor. ¡Yo no mandé á nadie, y no comprendo lo que queréis decirme!... ¡Por Dios, señora! añadió con voz turbada. ¡Decidme, por piedad, en dónde está mi hija!... ¡Dónde está mi hija!...

—Escuchad, dijo la Duquesa, pálida como la muerte. Hace algún tiempo llegaron al castillo de Prasnysz unos cuantos hombres armados con una carta vuestra, en la que se decía que vos habíais sido herido en un incendio ocurrido en Spychovo, que estabais medio ciego y que queríais ver á vuestra hija... Como comprenderéis, yo no podía oponerme á ello... ¡Entonces cogieron á Danusia y se la llevaron!...

—¡Oh! ¡qué desgracia! ¿Cómo Dios está en el cielo, exclamó Iurand, que no hubo tal incendio en Spychovo, y que yo no mandé á nadie á buscarla!

En este momento, el abate Wyszonek, que había presenciado el principio de esta escena y que se había retirado á las primeras palabras de Iurand, se presentó con la carta en cuestión.

—¿No es ésta la letra de vuestro cura? preguntó.

—No lo sé, respondió Iurand.

—¿Y el sello?

—El sello es igual al mío. Leed lo que dice la carta.

El abate Wyszonek leyó lentamente y con voz temblorosa, mientras que Iurand al escuchar el contenido de la carta se arrancaba los cabellos, furioso de cólera.

Luego, dijo:

—Esta carta es falsa... el sello está falsificado... ¡Qué desgraciado soy!... ¡Ellos, ellos me la han robado, y no volveré á verla jamás!...

—¿Quiénes?...

—¡Los Caballeros Teutónicos!...

—¡Dios santo! gritó la Duquesa. ¡Pronto! ¡pron-

to! Es preciso prevenir al Duque. ¡Jesús, María! ¡Pobre Danusia!

Y salió corriendo de la estancia.

Entretanto el abate Wyszonek preguntó á Iurand:

—¿Cómo sabéis que fueron los Caballeros Teutónicos los que se la llevaron?

—Estoy seguro... casi podría jurarlo.

—Esperad, dijo el abate. El Duque recibió, no hace mucho, en el castillo de Prasnysz, á cuatro Caballeros Teutónicos que dieron quejas de vos, y pidieron que fueseis castigado por vuestro mal proceder con la Orden Teutónica.

—¡Pues ellos, y nadie más que ellos, se la llevaron! exclamó de súbito Zbyszko.

Dicho esto corrió hacia las caballerizas para hacer ensillar los caballos y enganchar los carruajes. No se daba cuenta de lo que hacía, sólo sentía que no se podía perder un minuto, que debía correr en auxilio de Danusia, que la salvación de ésta exigía su inmediata partida, y que debía marchar sin tardanza.

Ünos instantes después volvió, y dijo á Iurand que los caballos estarían dispuestos al momento. Estaba cierto de que Iurand partiría con él, y se lisonjeaba con la idea de que los dos solos bastarían para encontrar á Danusia, aunque tuvieran que luchar contra todo el poder de los Teutónicos.

Al volver encontró en la estancia, además de Iurand, la Duquesa y el abate Wyszonek, al Duque, al caballero de Lorche y al anciano Nicolás de Dlugolas, que el Duque había mandado á buscar para pedirle consejo, pues Pan Nicolás era hombre de gran experiencia, y además conocía muy bien á los Teutónicos, porque no en vano lo habían tenido cautivo durante muchos años.

—Es preciso proceder con exquisito tacto, dijo, pues la más leve imprudencia sería irreparable. Para empezar conviene recurrir en queja inmediatamente ante el Gran Maestre, y si vuestra majestad quiere darme una carta para él, yo me encargaré de llevársela.

—Está bien, respondió el Duque, os daré inmediatamente esa carta, y haremos cuanto sea menester para salvar á la joven.

Y Nicolás de Dlugolas continuó:

—Los Caballeros Teutónicos no suelen obrar de ligero, sino que, al contrario, todos sus actos están fundados en razones poderosas. Así, pues, me figuro que lo que se proponen al arrebatarse de esta manera á la hija de Iurand es arrancar de manos de su padre la espada, y obligarle á que dé libertad á los prisioneros que tiene en su poder.

Y volviéndose al castellano de Spychovo:

—¿Cuál es el prisionero de mayor significación que vos tenéis en casa?

—De Bergow.

—De Bergow pertenece á distinguidísima familia, y sus antepasados han desempeñado cargos muy importantes en la Orden.

—Por eso, de Danveld y de Löwe, dijo el Duque, insistían tanto conmigo para que yo obtuviese

de Iurand que le pusiese en libertad. No abrían una vez la boca ni uno ni otro, como no fuese para decirme: «Es preciso que se dé libertad á de Bergow.» En efecto, el fin que se proponen al robar á la chica es obtener la libertad de Bergow.

—Y la devolverán, si Iurand les entrega este hombre, añadió el abate Wyszonek.

—Pero, replicó Nicolás de Dlugolas, convendría que averiguásemos dónde la tienen ahora. Supongamos que el Gran Maestre nos pregunta: «¿Dónde está? ¿A quién he de ordenar su devolución?» No sabremos qué responderle.

Y Iurand, con voz apagada, dijo:

—No creo que la tengan cerca de la frontera, por temor de que yo los ataque. De seguro se la llevaron á alguna de sus fortalezas á orillas del mar...

—¡La encontraremos, exclamó Zbyszko, y la pondremos en libertad!

Entretanto el Duque, ciego de cólera, exclamaba:

—¡Ah, miserables! ¡La han robado de mi casa, de mi castillo! ¡Jamás podré perdonarles! ¡Harto estoy ya de todas sus traiciones, de sus viles infamias! ¡Fuerza será que el Gran Maestre me entregue inmediatamente á la joven, que castigue á los culpables y que me envíe embajadores para darme una satisfacción en regla; de lo contrario le declaro la guerra!

Y dando fuertes puñetazos sobre la mesa:

—¡Todos me seguirán! exclamó; mi hermano de Plock, Witold y el mismo Iagello.

Luego que el Duque se calmó un poco, se convino en mandar á Prusia, como primera providencia, unos cuantos hombres de entera confianza que tratasen de averiguar en dónde los Caballeros Teutónicos tenían oculta á la hija de Iurand. Por su parte, éste se iría en seguida á Spychovo.

(Continuará).

LIMOSNAS

PARA COADYUVAR Á LA SANTA OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE

Para la Obra de la Propagación de la Fe

Barcelona.—N. N.	25	Ptas.
Santa Cruz de la Sierra (Bolivia).—Ilmo. Sr. don José Santistevan.	77	»

Para las Misiones más necesitadas

Barcelona.—J. A.	750	Ptas.
--------------------------	-----	-------